



José Enrique Ruiz-Domènec

INFORME SOBRE CATALUÑA

Una historia
de rebeldía
(777-2017)



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Es la Historia, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, testimonio de los tiempos, luz de la verdad, norte del acierto y guía para no tropezar. Da forma a la vida política, edifica la espiritual, ilustra la doctrina, adorna la elocuencia, asiste a la prudencia y favorece a todas las Ciencias.

NARCISO FELIU DE LA PEÑA Y FAREL,
caballero de la Orden de Santiago, *Anales de Cataluña y epílogo breve de los progresos y famosos hechos de la nación catalana*, Barcelona, 1709, fol. 6

The history of Catalonia does not really begin again till the nineteenth century. It is the history of her renascence, which had better be considered separately.

SALVADOR DE MADARIAGA,
Spain, Nueva York, 1930, pp. 287-288

*A vegades és necessari i forçós
que un home mori per un poble
però mai no ha de morir tot un poble
per un home sol.*

SALVADOR ESPRIU,
La pell de brau, Barcelona, 1960

PRÓLOGO

Mirar Cataluña como si uno no estuviera en ella: este es el reto que me he propuesto al escribir este informe con el que espero contribuir al actual debate sobre el futuro del país. He fijado el final en el momento de la declaración de independencia, de inmediato suspendida, en octubre de 2017. Es un hecho crucial en la reciente política catalana, el epítome del derecho a decidir. A menudo se recurre a la idea del viaje a Ítaca, insistiendo en que no se tiene bastante viento para avanzar en lo que exige su identidad y de pronto en los últimos años las emociones de las masas en acción se han convertido en una especie de tornado. No se espera más y se avanza hacia la independencia sin ninguna cautela. Para llegar al fondo.

Ante los acontecimientos de los últimos años, una parte de la sociedad catalana ha virado hacia la ironía y otra hacia la ilusión de una República: es el efecto de las emociones, las esperanzas y las convicciones colectivas, pero también de las decepciones, los engaños y las mentiras. Lo cierto es que se ha roto la conciencia de continuidad que ha caracterizado el estilo de vida catalán. En el intento de desligar el presente del pasado, el proceso independentista ha provocado un éxtasis colectivo, ajeno al desaliento, dejando de lado el decoro. La acción dramática y el derecho a decidir han primado sobre el sentido común. En este ambiente resulta difícil juzgar el grado de mendacidad implicado en la creación y transmisión de una idea falsa del pasado como

punto de partida para un diseño del futuro. Pero es seguro que el proceso surgió de una concepción de la historia al servicio de una escenografía de masas que contó desde el primer momento con eficientes divulgadores en los medios de comunicación. Al final ha logrado, sin pretenderlo, convertirse en una preocupación política para la Europa comunitaria al ser equiparado con los actuales movimientos populistas. De esta deriva hablaré poco. Unos valoran las heridas y otros enumeran debidamente las provocaciones: cuando una sociedad se sitúa en esta encrucijada sin salida se hace real la sentencia del poeta W.B. Yeats: «Los mejores carecen de toda convicción mientras los peores están llenos de fanática osadía».

La independencia es la idea clave que ha sostenido ese éxtasis colectivo, brindando momentos espectaculares, de resonancia en los medios de comunicación no solo por lo insólito de la propuesta en el siglo XXI, sino por el aura supremacista que les lleva a dividir la sociedad en dos sectores irreconciliables. El orden internacional peligra cuando un pueblo esgrime un derecho que colisiona con el derecho de gentes de modo que la percepción de las cosas queda condicionada por la causa a la que presta su devota lealtad y se entrega a la realización de sus fines con una convicción lesiva para la armonía social. Recordemos las escenas en las que los entusiastas del proceso vislumbraban cerca un futuro prometedor que al cabo era una revancha sobre un acontecimiento ocurrido hace trescientos años, el 11 de septiembre de 1714.

El culto al pasado reafirma una identidad colectiva, pero también una ilusión de las masas que reduce la política a una lucha contra un Estado al que se considera opresor y tiránico. Por eso algunos teóricos de la conducta social han visto en esa lucha una especie de psicodrama representado sobre el escenario donde una vez sucedió el producto ge-

nuino. Dado que se trata de un hecho histórico, resulta difícil distinguir entre conmemoración y representación.

En retrospectiva, desde la primavera de 2018 cuando redacté este informe en Barcelona, la situación ha exigido la necesidad de explicar la verdadera historia catalana. Es lo que quiero hacer a continuación. Reconozco que en otras ocasiones se ha intentado algo parecido. La última vez fue debido al efecto de la posguerra, en la década de 1950.

Esos precedentes me han alertado sobre la dificultad de la tarea; existe un riesgo intelectual al hacerlo ahora como lo hubo entonces; lo noto a cada paso en la elaboración del libro, me acecha en los momentos de retiro que dedico a su redacción.

Supongo que obedece al punto de vista adoptado, el de un hombre de frontera que tiene asumida la condición de vivir en los márgenes, no solo porque me preocupa la inclinación identitaria tan nociva en el siglo XX sino porque valoro positivamente el estilo de vida cosmopolita.

En este futuro que deseo prometedor, aunque tengo reservas, albergo la esperanza de que cada vez habrá más gente que comparta el afán de una sociedad abierta donde todo aquel que lo desee pueda moverse libremente, expresar sus ideas y no sentirse limitado por el peso de tradiciones a menudo inventadas.

El libro que el lector tiene en las manos está concebido como una ópera, en homenaje a la pasión catalana por el *bel canto*, una narración en tres actos: planteamiento, trama y desenlace. En primer lugar describiré cómo se forjó un estilo de vida y un amor a la tierra, la casa y la familia en los confines del Reino franco hasta conseguir el reconocimiento con el nombre de Cataluña; luego analizaré la trama que posibilitó la creación de un sistema político que con el tiempo se llamó Corona de Aragón donde Cataluña trató

de encajar sus instituciones y sus formas de gobierno con mayor o menor acierto; y por fin, narraré el desenlace ocurrido cuando ser y no ser España se convirtió en el fundamento de la realidad catalana, en el motivo de la división de su sociedad y en el estímulo de las diversas recuperaciones del pasado.

Me propongo hacer un informe detallado sobre el mundo vital de Cataluña en los últimos trece siglos, donde el lector interesado podrá encontrar la respuesta a la pregunta que hoy se hace tan a menudo la gente de la calle: ¿qué nos pasa? Hay cierto cansancio, lo sé. Una sensación de que nada de lo que se haga o se diga cambiará el curso de los acontecimientos. Se habla tanto de un final feliz como de un final desgraciado, invocando la inclinación catalana por el desastre. Hay que ponderar las cosas con prudencia. Para eso es preciso un informe sobre la situación y la forma como se ha llegado a ella. El informe está aquí.

He recurrido a la historia como hilo conductor del relato. No es la única manera de hacerlo, pero es *mi* manera de hacerlo. Estoy convencido de que una reflexión sobre la historia ofrece unas iluminaciones al actual debate ciudadano. En caso de que sea una reflexión sobre la historia que se ajuste a la verdad, a la verdad desnuda, a través de una narración de estilo sencillo siguiendo el modo y el espíritu de hacer historia del siglo XXI.

Una narrativa así exige afrontar las diversas intrigas que han tejido durante siglos el hecho catalán. En este sentido, mi tarea ha sido elegir, simplificar y organizar los materiales para darles sentido.

Queda por saber por qué el esqueleto de esta historia es la política. E incluso: ¿es verdaderamente una historia de rebeldía?

Responder a estas cuestiones es el objetivo de este libro.

*Tres Torres, Barcelona,
primavera de 2018*

PRIMERA PARTE

Los confines de un reino
(777-1258)

1 INCIERTOS INICIOS

En sus inicios, el país llamado hoy Cataluña era una parte de la Hispania romana. Estaba encuadrado en la provincia de la Tarraconense, aunque su actividad entonces se realizara al noreste, donde ya se planteaban cuestiones relativas al valor de la tierra, la familia y la identidad. Aquí reside lo que un cronista llamado el Astrónomo denominó la fe en los valores de la casa, a propósito del legado godo en oposición a la cultura franca. ¿Economía o política? Sin duda: economía. Eso era lo que marcaba el curso rutinario de los días en los campos de labranza de los valles o en sus altiplanos dedicados a la ganadería, en los intercambios comerciales de las ciudades del litoral o en la creación de una red de caminos que atravesaba los Pirineos. Tres maneras de entender el trabajo repetidas infinitamente hasta nuestros días.

Tal es el punto de partida de mi relato; su objetivo: aclarar los inicios históricos de Cataluña.

El último tercio del siglo VIII es un periodo de grandes expectativas. Las noticias resuenan en todo el mundo, aunque en estas tierras solo tienen acceso a ellas unos monjes refugiados en monasterios en las montañas, donde copian manuscritos e imaginan el futuro, a veces en tono apocalíptico al estar convencidos algunos de ellos de la cercanía del fin del mundo; pero la mayoría son juiciosos, gente con los pies en la tierra, y que sueña con tiempos mejores. A estos monasterios llegó la noticia del siglo.

En un lugar de Oriente Próximo, difícil de olvidar, en el 750, la familia de los abasíes sustituyó a la de los omeyas al frente del califato, y decidió trasladar la capital de Damasco, Siria, a Bagdad, una pequeña aldea cerca de Ctesifonte, la antigua capital del imperio persa sasánida. Un signo de los tiempos. Constatación de un brusco cambio en las rutas comerciales y en el flujo de la economía mundial. Todo esto afectó en poco tiempo a la gente que vivía a un lado y a otro de los Pirineos. Otra nueva noticia ajusta la historia al centrar la atención sobre un hecho cercano. La llegada a Córdoba de Abderramán I, un príncipe omeya que escapa de la matanza de su familia por parte de los abasíes. La creación de un emirato independiente en la península Ibérica es una venganza de la historia.

¿Qué más? El poder del azar, los personajes que forjan una nueva era, todo lo que nutre el relato de unos acontecimientos ajenos a las necesidades cotidianas, a las costumbres (a las rutinas), pero que fueron decisivos.

En la primavera del 777, los valíes musulmanes de Barcelona, Zaragoza y Huesca viajaron hasta Paderborn para visitar a Carlomagno. Ante la Dieta de los francos, una asamblea legislativa, declararon estar al servicio del califa abasí Muhammad al-Mahdi, y haber acudido allí para informar sobre la política expansiva de Abderramán I. Pedían ayuda para que sus tierras no se integraran al Estado omeya de Córdoba. Hicieron ver a Carlomagno que era un peligro para ellos por ser funcionarios leales a los abasíes; pero también para los francos por ser cristianos. El desafío estaba lanzado, solo quedaba esperar la respuesta.

Un año después, en el verano del 778, Carlomagno se dirige a los Pirineos con un poderoso ejército; llega a las puertas de Zaragoza, donde comprueba para su sorpresa que el valí ha cambiado de opinión y no está dispuesto a ayudarlo a derrocar al emir omeya de Córdoba. El resto de lo ocurrido pertenece a la épica más que a la historia. Du-

rante la retirada, la retaguardia franca con Roldán al frente fue masacrada en el desfiladero de Roncesvalles. El episodio se mantuvo vivo en la memoria gracias a cantinelas de tono heroico escritas siglos después en un cantar de gesta, *El Cantar de Roldán*. No hubiera ido a más la política carolingia en la zona de no ser porque un grupo de jinetes bereberes saqueó Narbona. Carlomagno reaccionó con la toma de Barcelona.

Conclusión: la tierra hoy llamada Cataluña entra en la historia del siglo VIII ligada a la restauración imperial en Europa promovida por los carolingios, una insaciable familia franca. Ese es el hecho. No hay discusión sobre él. No sucede igual con su significado. Eso es más polémico.

La tierra conquistada por los carolingios pensando que formaba parte del islam era hasta tal punto *nueva* que carecía de nombre. Los eruditos modernos han sugerido dos, Cataluña Carolingia y Marca Hispánica, pero hay que hacer una advertencia sobre su uso. El primer nombre es dudoso: sin rodeos, un anacronismo; el segundo se relaciona con la política de Luis XIV de legitimación francesa de las tierras que reclamó en la paz de los Pirineos de 1659. Tampoco me parece adecuado. Queda otro nombre a veces utilizado, Pre-Cataluña. Hay que ir con cuidado con este último porque al usar se acepta implícitamente la idea de un destino manifiesto y los discursos supremacistas sobre la raza. En efecto, tenemos un problema: la denominación de estas tierras antes de que la historia les diera un nombre. Este tardó en llegar tres siglos. Aun así hay que hablar de lo sucedido en esa época; no hacerlo es un desdoro flagrante respecto a la influencia de la cultura franca en la formación del estilo de vida catalán.

¿Quieren sorpresas en este recuento de la historia de estos siglos? Comenzaré con una importante. La toma de Barcelona en el 801 no forma parte de la memoria social como tampoco de las conmemoraciones con las que los políticos

se legitiman: un acontecimiento olvidado al ser políticamente incorrecto. ¡Qué despropósito! Pero la vida actual es así. No hay que insistir mucho en el peligro que eso conlleva. Basta anotar que el giro hacia el Reino franco no es solo una cuestión de la diplomacia y la política internacional, es también una historia que crea la identidad de un pueblo.

Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, fue el encargado de dirigir las tropas en una campaña militar descrita con un fuerte sentido dramático por Ermoldo el Negro, un gran narrador y excelente poeta en latín que escribía bajo la influencia de la rivalidad entre francos y longobardos y no mucho después de los acontecimientos que describe. En su obra, la toma de la ciudad de Barcelona está llena de simbolismo político al presentar el desplome de la muralla romana como una señal del destino.

Bera fue elegido como primer conde de Barcelona tras la conquista de los francos. El hecho de ser goda no preocupó al rey Luis el Piadoso. Fue un error. Pronto descubrirá cómo eran los godos, su indómito espíritu de rebeldía que el cronista Fredegario llamó *morbus gothorum*, es decir, el apego a infringir la ley.

¿Espíritu de rebeldía? Veamos un ejemplo. El conde Bera cobijó a inmigrantes *ad Hispania venientes*, llegados de España, sin permiso de las autoridades del Imperio. Desde el punto de vista económico parecía una buena idea porque representaba mano de obra barata; pero no así desde el religioso, ya que su llegada alentó el *hispanicus error*: una doctrina inspirada en principios nestorianos que sostenían que Cristo como hombre era hijo de Dios solo por vía adoptiva. Por eso se llamó adopcionismo. Su adalid fue el obispo Félix de Urgel, seguidor de Elipando de Toledo.

De Aquisgrán se enviaron funcionarios para mediar en la cuestión religiosa, aunque intervinieron también en litigios sobre propiedades agrarias. Cataluña supo desde entonces el peso de la ley del Estado del que formaba parte. Al fin y

al cabo el emperador al que le rendía cuentas podía ser el padre de Europa como decían los poetas de la corte, pero en la práctica actuaba como un *padrino* (véanse los libros de Peter Heather). Lo único que le interesaba era fijar el porcentaje a recibir (una especie de 3 por ciento) de los ingresos obtenidos en las tierras gestionadas por la nobleza local. Las quejas de los campesinos que se recogen en las *Capitulares* ponen de relieve la realidad del Imperio carolingio.

Hay más.

Carlomagno ordena realizar la *Capitulare de villis*, un censo en latín de propiedades agrícolas a la vez que un tratado de agronomía. Allí se indica que una plantación ha de ser un latifundio donde trabajen esclavos; se refuta la propiedad alodial de campesinos libres, la masía. Ya se ve: dos modos de concebir el trabajo agrícola. El conflicto está servido. El conde de Barcelona por su origen godo se siente más obligado por la gente de su tierra que por los dictados del palacio imperial. La rebeldía muestra su rostro ante los enviados de Carlomagno o de su hijo Luis el Piadoso. Los abades Cesario de Montserrat y Guarín de Cuixá intervienen en el conflicto, apoyando los valores de la tierra, es decir, la propiedad alodial, que en su opinión era una suerte de cosmos armonioso.

¡Mundo carolingio! No parece tan idílico formar parte de él. Es lo que sucede con los lugares comunes, que bajo la iluminación de la historia no resultan tan atractivos.

Conclusión: en la tierra que tenía a Barcelona como centro político hay un doble fundamento: hispano-godo y carolingio. Lo antiguo y lo nuevo; el que reposa en la tradición y el que lo hace en el derecho de conquista. Son fundamentos diferentes que coexisten en armonía, pues ambos buscan una vida en común que fue posible por el hecho de pertenecer al Reino franco. Pero ese equilibrio se rompió por los intereses de una distinguida familia de los Pirineos: la familia de Wifredo el Velloso.

Wifredo el Velloso se erigió en un personaje de leyenda al mostrarse como el gobernante capaz de darle sentido a ese ámbito vital surgido en los confines del Reino franco. De cara a una historia nacional que sigue pesando mucho en la memoria social catalana, se le ve con el halo poético que amparó Claudio Lorenzale en una pintura que recrea la escena en la que, herido en una batalla, ofrece su sangre para que el rey pueda marcar las cuatro barras rojas sobre fondo áureo, fundamento de la heráldica familiar, y de la señera. La versión definitiva de esta escena es de 1551 cuando aparece en la *Crónica general de España* del historiador valenciano Pere Anton Beuter: ahí se narra el momento en que el rey se moja la mano derecha con la sangre de Wifredo y luego recorre con los cuatro dedos ensangrentados el escudo dorado marcando cuatro rayas mientras decía: «Estas serán vuestras armas, conde».

El relato, además de anacrónico, pues la heráldica surgió a mediados del siglo XII y no a finales del siglo IX, es una reconstrucción melodramática del pasado, tan habitual hoy en las series de televisión de temática histórica. Decir por tanto que Beuter o Lorenzale no se atienen a la realidad es una bobada: no lo pretendieron. El primero quería hacer literatura; el segundo, arte. No se les ocurrió preguntarse si un hacendado de finales del siglo IX podía actuar así, o si la reacción del rey era esa que imaginaban. El problema no es suyo, sino de la historia, que no ha sabido imponer su lectura de lo que realmente sucedió, cómo sucedió y con qué resultados.

Wifredo se sirvió de los aprietos del *padrino* Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno, para consolidar su posición social como referente de los hacendados de sus tierras. Un gesto humano, demasiado humano por lo repetido que es, pero también un gesto de una belleza singular que el romanticismo ignoró: la belleza de la política, del sentido de la oportunidad, de la capacidad de convertir la mentira en una trama política. Eso fue lo que pasó, pues Wifredo, al

tomar conciencia de la vacilación existente en el Reino franco, reclamó el control tributario de sus tierras, lo que era un acto de rebeldía; incluso pidió un régimen fiscal *jure proprio*, es decir, soberano: la renta señorial, suerte de «cupo» pactado entre los hacendados, y eso era un acto de sedición.

Carlos el Calvo no contestó, con ese desdén del hombre que ha visto mucho mundo; Wifredo por su parte recordó sus raíces familiares godas. Cada uno usó las armas ideológicas que mejor conocía. En el caso del rey, una concepción política basada en la filosofía neoplatónica de Juan Escoto Eriúgena; en el caso del conde, la genealogía, la sangre de los antepasados.

La decisión de Wifredo provocó una crisis en el encaje del condado de Barcelona con el Reino franco. Lo prueba un documento del 865, donde se reconoce el carácter patrimonial de sus condados y por tanto el derecho que tenía a dejarlos en herencia con arreglo a sus intereses familiares. Los hijos y los nietos de Wifredo se repartieron el patrimonio amasado por su ilustre padre y abuelo, a la vez que fusionaron los oficios secular y eclesiástico. Todo el poder para la familia. Wifredo y sus herederos aprendieron bien la lección del *padrino* Carlos el Calvo. Sin embargo, no pudieron evitar la colisión entre idearios políticos tan diferentes.

La transmisión del poder incumbía a los herederos directos de Wifredo: no admitían forasteros en sus tierras. Sobre las diferencias entre ellos, el choque entre dos primos, ambos nietos del fundador de la dinastía, nos ha dejado la mejor parábola del modelo social creado por esta familia: Borrell II conde de Barcelona y Oliva Cabreta, conde de Cerdeña. Uno interesado en convertir la herencia en razón para legitimar el título de *dux Gothia* que unía al de conde de Barcelona para distanciarse del Reino franco del que legalmente dependía; el otro atrapado en una crisis espiritual que le llevó a la abadía de Montecasino donde profesó como monje hasta su muerte en el 990. En la contienda que luego siguieron sus herederos se puede comprender el va-